



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE193639

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

La sed de Dios

La devoción popular es un lenguaje de signos externos y costumbres compartidas a través de los que el pueblo expresa su religiosidad. Peregrinaciones a lugares sagrados, visitas a santuarios, devoción a la Virgen y a los santos, besar y tocar tallas sagradas, venerar reliquias, recitar letanías y conservar las estampitas son parte de la religiosidad popular, sobre todo, de la católica. Ante la creciente participación en estas costumbres en muchas partes del mundo, -fenómeno que tiende a despertar en tiempos de crisis y pandemias-, “Mujeres, Iglesia, Mundo” nos invita a reflexionar sobre la devoción como expresión de un pueblo en movimiento que tiene sed de Dios y sobre el papel que las mujeres han tenido para impulsar esta expresión de forma colectiva y testimoniarla también como un compromiso personal a favor del bien común. En definitiva, la devoción popular no es el pariente pobre o desafortunado de la “auténtica” religión. No se puede contraponer a la mentalidad culta o al culto litúrgico oficial. Tampoco está vacía de contenido. Al contrario, como fruto de una espiritualidad inculturada, no deja de transmitir los contenidos de la fe a través de un camino simbólico. Es verdad que algunas desviaciones han conducido en muchas ocasiones a la piedad popular a la lógica de la superstición y sabemos bien que la devoción en general, individual o colectiva, a veces corre el riesgo de convertirse en idolatría, dependencia o mitificación. Sin embargo, iluminada por la Sagrada Escritura y animada por la vida litúrgica, la piedad popular libera una fuerza evangelizadora muy importante para la Iglesia y, en consecuencia, para el mundo, como recordaron los papas del postconcilio, desde el Papa Montini hasta el Papa Bergoglio. Negarlo sería como ignorar la obra del Espíritu Santo que, precisamente por la devoción individual o colectiva, guía por los caminos del redescubrimiento de los orígenes y de la radicalidad del mensaje cristiano, favoreciendo su testimonio. La misma devoción al rezo del Rosario, si no se reduce a un canto repetitivo o una práctica casi supersticiosa, se convierte en una oración contemplativa que ayuda a leer nuestra historia personal y universal en clave de fe y, por tanto, nos convierte más profundamente a los valores evangélicos. Incluso la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, si se libera de un intimismo emocional, nos invita a venerar lo esencial de la vida cristiana, es decir, la caridad, y a ponerla en práctica. *Francesca Bugliani Knox*

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GIORGIA SALATIELLO
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVIA GUIDI

VALERIA PENDENZA
Esta edición especial en
castellano

(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Las devociones en el Viejo y el Nuevo continente se han reajustado durante la pandemia



El espacio sagrado vuelve a ser el hogar

DE LUCIA CAPUZZI

Oh mi bella Virgen que dominas Milán”. El cielo de Lombardía es de un azul inusual en este 11 de marzo. “Tan hermoso cuando es hermoso”, –parafraseando a Alessandro Manzoni–, como para hacer olvidar por un momento el grito seco de las sirenas con que las ambulancias hieren una ciudad desierta. Son “los días atribulados por el coronavirus” en los que el mismo Manzoni vuelve a ser releído y citado con motivo de la peste de 1630 que diez-mó Milán contada en su obra *Los novios*. Cuatrocientos años después, en todo el mundo, mujeres y hombres incrédulos y confundidos se esconden en sus hogares buscando protección contra el mal. ¿A quién se puede acudir en busca de ayuda?

El arzobispo de Milán no tiene dudas: la ciudad no es huérfana. Allí arriba, en la torre más alta del Duomo, la pequeña Virgen dorada vela por la que se considera la capital económica y financiera de Italia, competitiva y rica, pero envuelta en mil contradicciones y desigualdades sociales y ahora doblegada por la pandemia.

10 de abril de 2020, Viernes Santo, el primero desde tiempos inmemoriales sin procesiones en el estado mexicano de Querétaro, una zona con un creciente desarrollo industrial y empresarial y considerada como la cuna de la independencia mexicana, porque aquí se redactó la Constitución de 1917. La Virgen de los Dolores no puede caminar por las calles en busca de su Hijo, resignada a perderlo para reencontrarlo Resucitado tres días después. Los fieles no la acompañan para llorar con ella, esperando regocijarse juntos después. La pandemia paraliza las celebraciones justo cuando las

personas que están de luto por las demasiadas muertes del virus lo necesitarían más. El padre José Martín Lara Becerril tiene una idea atrevida: subir la estatua de María en un helicóptero “prestado” por las autoridades. Una vez en el aire, el sacerdote imparte sobre ellas la bendición. A través de Facebook, el vídeo entra en las casas de Querétaro. Congregadas frente al ordenador, las familias rompen su aislamiento con el Ave María al unísono. La oración de los sencillos, de los pequeños.

De un lado al otro del Atlántico, hay muchos testimonios de devoción a la Virgen en época de covid. Procesiones aéreas, rosarios y consagraciones virtuales. Las cuarentenas, la prohibición de reunirse y la difusión de tecnologías han estimulado soluciones creativas. “Conocí a varias mujeres que se conectaron a través de Zoom para rezar juntas a la Virgen”, explica Emma Fattorini, historiadora de la Universidad La Sapienza de Roma y estudiosa del fenómeno religioso en la sociedad contemporánea, autora además de *Italia devota. Religiosidad y cultos entre los siglos XIX y XX*, (Carocci 2012).

Las soluciones innovadoras, sin embargo, tienen una tradición antigua. Los fieles siempre se han dirigido a la Madre en los momentos más dramáticos. Sobre todo, las mujeres, las primeras presentes en los ritos del nacimiento y de la muerte. Y, por eso, son el eje de esa “religión del pueblo” que acompaña la historia de la catolicidad apoyando, integrando y emancipándose también de la liturgia. Un espacio laico, espontáneo, crítico, a veces anti-jerárquico y ciertamente creativo, no es fácil enmarcar en una definición exhaustiva de la religiosidad popular. Se trata de un fenómeno asociado

al Sur, - de Europa y del mundo -, aunque también generalizado en el Norte, como lo demuestran los grandes santuarios marianos de Aasebakken, a 25 kilómetros de Copenhague, y de Bergen, en Noruega.

Para Emma Fattorini, el hilo conductor entre sus distintas manifestaciones es la “proximidad”. Se busca una relación directa con Dios, menos mediatizada e institucionalizada de lo que están las experiencias litúrgicas tradicionales. Y esto ocurre a través de la cercanía emocional al propio santo, a una reliquia o a un santuario, acentuada por el uso de los sentidos, desde el tacto al olfato. Una dimensión a la que las mujeres son especialmente sensibles. «En la historia han tenido una relación más directa con Dios y con la corporeidad, piensa en las místicas», subraya Fattorini. Según la uruguaya María del Pilar Silveira, –investigadora especializada en mariología popular de Boston College–, es la religiosidad popular la que parece acortar las distancias entre sexos socavando los estereotipos establecidos. «Comportamientos considerados 'femeninos' como el llanto frente a una imagen de la Virgen o Jesús o el abandono contemplativo son adoptados por hombres y mujeres, sin distinción», asegura la profesora.

La piedad popular se desarrolla en ósmosis con el contexto social y cultural. En el Viejo Continente es crucial su relación con la modernidad. «La religiosidad popular tiene una grancapacidad de adaptación», añade Fattorini. Pensemos en cómo las apariciones marianas han cambiado con el tiempo. Lourdes y Fátima, entre los siglos XIX y XX, responden a profecías sobre las grandes cuestiones de la época como la paz, la guerra y la descristianización. El lenguaje y las formas de Medjugorje son diferentes. La “escenografía” es casi televisada: las apariciones se desarrollan al aire libre, bajo un cielo que parece una gran pantalla y se repiten en serie». La comunicación de sus mensajes está evolucionando: desde cintas de audio hasta correos electrónicos y, ahora, a las cadenas virtuales de oración.

En el Nuevo Mundo, la reflexión sobre la religiosidad popular se enriquece con la opción preferencial por los pobres que hizo la Iglesia latinoamericana en el postconcilio. La síntesis más original es la teología de los pueblos que ve en los últimos. En su espiritualidad popular encontramos una relación personal con Dios que incorpora lo simbólico y lo sensible, uniendo cielo y tierra en un anhelo de transformador. La dimensión histórico-cultural es fundamental para comprender las expresiones concretas de fe del pueblo. “Son el resultado de un proceso histórico. Por eso, la mística popular es dinámica, porque recibe aportaciones del pasado e incorpora nuevos elementos”, asegura Silveira.

El covid, gran acelerador de muchos fenómenos sociales, muestra con fuerza su gran capacidad de redefinición. Con las grandes celebraciones suprimidas para frenar el contagio, «la intimidad del hogar vuelve a convertirse en el espacio sagrado. A menudo en silencio, después de las tareas, esa oración doméstica, recuerda a las mujeres del siglo XIX rezando alrededor del hogar, ahora reemplazado por la TV o el PC», dice Fattorini.

El acento en lo femenino es intenso. Se ruega ayuda a María, pero también a las santas. Así lo demuestra el

reciente aumento de la devoción a la Santa Corona en Alemania y Austria. Histórica protectora de los carniceros, la mártir romana, también debido al nombre, se invoca en casos de covid.

En momentos de emergencia, además, son las mujeres las que “se hacen cargo” de la situación. «En Argentina, se ha activado espontáneamente una suerte de maternidad social o comunitaria», explica Carolina Bacher Martínez, teóloga de la Universidad Católica Argentina (UCA). En los barrios marginales de Latinoamérica se expresa precisamente en ese misticismo popular para el que la práctica y el compromiso religioso son uno. Los fieles intensifican su oración a Dios por la familia extensa, que es la comunidad. Y, al mismo tiempo, los cuidan, empezando por las acciones más sencillas y cotidianas, como compartir el almuerzo con los hijos de padres que no pueden prestarles la debida atención. «En las villas, los barrios marginales de Buenos Aires, la falta de espacio hace que sea muy difícil quedarse en casa. El gobierno decretó “cuarentenas por barrios” que sí permitían la circulación interna. Así, las capillas de las villas permanecieron abiertas y los sacerdotes transformaron algunos de los espacios en comedores para trabajadores informales que se quedaron sin recursos. En estos comedores, el papel de la mujer fue crucial a la hora de preparar y distribuir la comida que después los vecinos iban a recoger. Y lo hicieron con la misma devoción con la que, en los descansos, rezaban el Rosario», concluye la teóloga argentina.



La peregrinación virtual a Luján

Todos los años, desde 1974, el primer fin de semana de octubre, los jóvenes de Buenos Aires peregrinan a la basílica de Nuestra Señora de Luján, a 60 kilómetros, para rendir homenaje a la Patrona de Argentina. Este año no se pudo realizar la peregrinación de forma presencial, pero la cita no se canceló. El 3 de octubre, la archidiócesis convirtió este encuentro en un maratón web con oraciones y testimonios.

“Un ejemplo de cómo la costumbre se adapta a la realidad”, subraya Carolina Bacher Martínez. Si bien Internet por un lado ofrece una alternativa, por otro podría llegar a ser excluir, –en el Sur del mundo–, a la mayoría pobre y aún no conectada. La fe popular virtual se volvería así menos “popular”. “Esto no está sucediendo gracias a la creatividad de los más pobres. La casa, con su altar casero, es el espacio de oración gracias al rezo diario del Rosario o la Novena”, asegura la teóloga argentina.



Arriba, Mario Delpini en el tejado del Duomo de Milán reza a la Virgen

En la página anterior, el helicóptero con la Virgen de los Dolores y el Santísimo Sacramento sobrevuela las 25 ciudades de la diócesis de Querétaro, en México, durante la Semana Santa para pedir el final de la pandemia y la curación de los enfermos.

Abajo, la Basílica de Nuestra Señora de Luján



HISTORIOGRAFÍA

¿El pueblo? El de Dios

DE FEDERICA RE DAVID

Dice Gabriella Zarri: «El concepto de religión popular de tradición marxista y gramsciana, que la identificaba como la religión de las clases bajas frente a la de las élites, está superado desde el punto de vista historiográfico». Es el primer punto que aclara la directora de la revista *Archivio Italiano per la Storia della Pietà*, ex profesora de Historia Moderna en la Universidad de Florencia y estudiosa de la vida religiosa. «Los documentos muestran la participación de estas clases 'bajas' en muchos ritos y devociones practicados y promovidos dentro de la iglesia institucional, una religión que no clasifica a nadie desde el punto de vista social. Si queremos hablar de pueblo, debemos hablar de este pueblo como pueblo de Dios».

reservados a San Antonio de Padua, Santa Rita o al Padre Pío.

¿Son devociones nacidas desde 'abajo'?

En la época medieval, el culto mariano está principalmente ligado a la veneración de imágenes milagrosas encontradas, a menudo por casualidad, por laicos o niños. Durante el siglo XIX, sin embargo, se manifiesta un nuevo protagonismo de la Virgen y comienza una larga teoría de las apariciones, cuyos destinatarios son todavía niños o jóvenes, -desde Francia, hasta España e Italia-, y más recientemente en Europa del Este. Este fenómeno se concreta según los cánones de la devoción al santuario: erección de una iglesia en el lugar de la aparición, peregrinaciones y exvotos por las gracias recibidas.

Y entran en conflicto con las jerarquías.

donde se celebran fiestas que, a lo largo de los siglos, se han convertido en una tradición cívica. Con la pandemia, el recurso a la Virgen que protege la ciudad, ha vuelto como elemento de tranquilidad colectiva.

¿Existe un aspecto identitario para mujeres?

La devoción femenina es más cristológica que mariana: se manifiesta no tanto hacia la Virgen María como hacia Jesús. Como ha demostrado la historiadora Alessandra Bartolomei Romagnoli, al examinar la hagiografía medieval, los santos o las mujeres veneradas por ellos, tienen visiones de la Cristo; la Virgen, como mucho, les presenta al Niño Jesús. Santa Brígida tuvo una visión del Pesebre, de la Natividad, mientras que Catalina de Bolonia, una clara que vivió en el siglo XV, es una de las primeras en haber visto la presentación del Niño que hace María. En las imágenes sagradas, las mujeres son representadas mayoritariamente al pie de la Cruz o en el Sepulcro, en oración o custodiando el cuerpo de Jesús antes de la sepultura. O escuchando, como la Magdalena. No en vano, son los hombres quienes han difundido la devoción a la Virgen. Pienso en San Bernardo y en las Siervas de María. **¿Ha habido una feminización de la vida religiosa?**

La historiografía habla de ello desde el siglo XIX. Me parece una generalización insuficientemente probada. Por supuesto, hay un mayor protagonismo femenino con el nacimiento de nuevas congregaciones de votos simples, tras el cierre napoleónico forzoso de los monasterios de clausura. Y es cierto que la práctica religiosa empieza a ser abandonada por los hombres. Pero la religión sigue siendo exclusivamente masculina, tanto en la gestión de lo sagrado, como en la administración parroquial y en la gestión de las cofradías. En algunas regiones existe una práctica en la que las mujeres se especializan: la tradición de vestir las tallas a las que cubren con diferentes vestimentas según los tiempos litúrgicos u ocasión. Pero son los hombres



Gabriella Zarri cree que “está superado el concepto de religión popular opuesta a la de las élites”

¿De dónde parte la historia de esta religiosidad?

De las peregrinaciones penitenciales en la Baja Edad Media organizadas por las hermandades de los Disciplinados. Con el Renacimiento y la creación del Estado moderno, la religiosidad comienza a tornarse más individualizada y se acentúa la devoción a la Virgen María. Las imágenes marianas se difunden por las iglesias, los hogares, las calles de las ciudades o en las ermitas en medio del campo. En torno a estas imágenes se orquesta una devoción y una continua petición de agradecimiento. Se multiplican las manifestaciones milagrosas, los santuarios, las peregrinaciones o la costumbre de los exvotos. Muy difundidos, pero igualmente populares, son los cultos

Para la erección de una iglesia y las concesiones para el culto, es necesaria una investigación sobre la naturaleza sobrenatural del fenómeno y condición indispensable que no haya engaño o falsificaciones. Pero la devoción popular se manifiesta sin esperar la autorización de la Iglesia. Este es uno de los aspectos más típicos: la atención a la aparición y la escucha de lo que dirá la Virgen, que también tiene un poco de aspecto de profecía, de sobrenatural. A veces la Iglesia no lo aprueba ya que se han producido intentos de engaño, también en lo que se refiere a la fama de santidad.

¿La devoción es factor de identidad cultural?

Especialmente para los santuarios marianos, hasta donde llegan peregrinaciones y

Veinte volúmenes para un Libro

DE ARIANNA ROTONDO



los que las llevan en procesión. Solo en un caso que conozco pude reconocer una connotación de género aplicada a una devoción. Las Hermanas Oblatas del Niño Jesús, congregación nacida en Roma en el siglo XVII, que basaba su espiritualidad en la contemplación del Niño Jesús. Cada religiosa imaginaba nutrirlo con sus propias oraciones y jaculatorias, como enseñó Cósimo Berlinsani, fundador y guía espiritual de la congregación. Las oblatas asumieron como tarea la enseñanza del catecismo a las muchachas pobres de la ciudad.

Se trata siempre de cuidar.

Y no solo. Porque las mujeres no pueden recibir la ordenación sacerdotal, no tienen ningún papel sacerdotal jerárquico, pero Jesús les da la tarea de predicar ya que hay mujeres en el momento de la Resurrección. La única característica femenina es la de actuar y la de expresar la religiosidad fuera de la estructura jerárquica de la Iglesia y siempre dentro de un precepto: ser testigos de la Resurrección y, por tanto, de alguna manera predicar e intervenir directamente en la catequesis, en lo sagrado.

¿Algunas santas son modelos femeninos tan sociales como morales?

Por ejemplo, Santa Catalina de Siena, modelo tanto para las mujeres contemplativas de clausura como para las terciarias, con una vida activa al servicio de los demás. Una de las santas más importantes desde el punto de vista histórico es Angela Merici quien fundó la Compañía de Santa Úrsula, en Brescia, en el período anterior al Concilio de Trento. No existía la clausura monástica y muchas jóvenes de la ciudad querían ser religiosas, pero no tenían el dinero para la dote. Por eso, ella funda una orden donde las jóvenes practicaban una regla escrita, pero vivían en sus casas, continuando con su trabajo. Es el prototipo de la legitimidad de la soltería, inconcebible para la sociedad de la época que obligaba a las mujeres al matrimonio o al convento. Algo así supuso un notable impacto social que se repetirá con las congregaciones femeninas del siglo XIX, con la Acción Católica y con todas las formas de adhesión femenina a la participación en la vida de la Iglesia.

En 2006 dos reconocidas académicas y amigas, la austriaca Irmtraud Fischer y la italiana Adriana Valerio, concibieron el valiente proyecto de poner en marcha una red de mujeres europeas comprometidas con los estudios histórico-exegéticos y teológicos. El objetivo era compartir sus investigaciones realizadas en un ámbito académico y eclesiástico que muchas veces adolece de cauces oportunos debido a una distancia que no es tanto geográfica como lingüística y cultural. Con la participación de la española Mercedes Navarro Puerto, la sueca Jorunn Økland y la estadounidense Christiane de Groote, ha tomado forma el proyecto internacional, “La Biblia y las mujeres: exégesis, historia y cultura”, que en los últimos años ha reunido a especialistas católicas, protestantes y judías de toda Europa en conferencias y talleres cuyos recopilatorios han sabido sintetizar los resultados de una comparativa siempre actual y apasionada.

La publicación de los veinte volúmenes en cuatro idiomas se debe al compromiso de muchas editoriales, -Kohlhammer para la edición alemana, Verbo Divino para la española, Society of Biblical Literature/Brill-Leiden para la inglesa y Pozzo di Jacobbe para la italiana-, que creyeron en esta empresa pionera de carácter internacional, interreligioso y multidisciplinar, un desafío valiente a nivel humano, cultural y religioso.

La propuesta es un largo recorrido histórico-cultural que entiende la religión como un factor central que a lo largo de los siglos ha ejercido su influencia en el ámbito político-social en lo que se refiere a las relaciones entre sexos. El tema de estudio es la Biblia, la historia de su acogida en Occidente y la forma en que su interpretación ha condicionado la relación hombre-mujer. Se reserva un amplio espacio para la historia de la exégesis, campo de estudio en el que falta la presencia femenina, porque se ha subestimado a la mujer como sujeto de lectura e interpretación. Además de reconstruir cómo se ha interpretado la Biblia con respecto a la condición

de la mujer, es fundamental cómo las mujeres han proporcionado su propia interpretación.

La intención del proyecto no es tanto recuperar otro punto de vista, el de la mujer, como reconsiderarlas junto con los hombres como sujetos de la Traditio, de un proceso continuo de comprensión, codificación y transmisión de textos de la incesante reformulación del anuncio cristiano. El plan del trabajo “La Biblia y las mujeres” se divide en tres grandes secciones. La primera, dedicada a la exégesis bíblica, se articula en volúmenes sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento, dedicados respectivamente a la Torá, a la Profecía y a los Escritos de la Biblia hebrea, a los Evangelios canónicos y a las Epístolas paulinas. Una segunda sección recoge los Escritos apócrifos y pseudoepigráficos, estudios sobre el judaísmo rabínico y el medieval.

La tercera sección, sobre la historia de la exégesis, cubre un vasto período de tiempo: parte de los Padres de la Iglesia para continuar con una reconstrucción de la contribución de los lectores de la Biblia en la Alta y Baja Edad Media, en el Renacimiento, en el complejo período de la Reforma y la Contrarreforma para ampliar la mirada también desde la Ilustración y la Restauración hasta el mundo contemporáneo, con un volumen sobre las nuevas tendencias de los siglos XIX y XX.



Gerard Dou, Mujer anciana que lee la Biblia (1630) Rijkmuseum, Amsterdam

La fe de los sencillos, recurso para la Iglesia

Pablo VI supo redescubrir la riqueza que se esconde en la piedad popular

DE ALESSANDRO GISOTTI

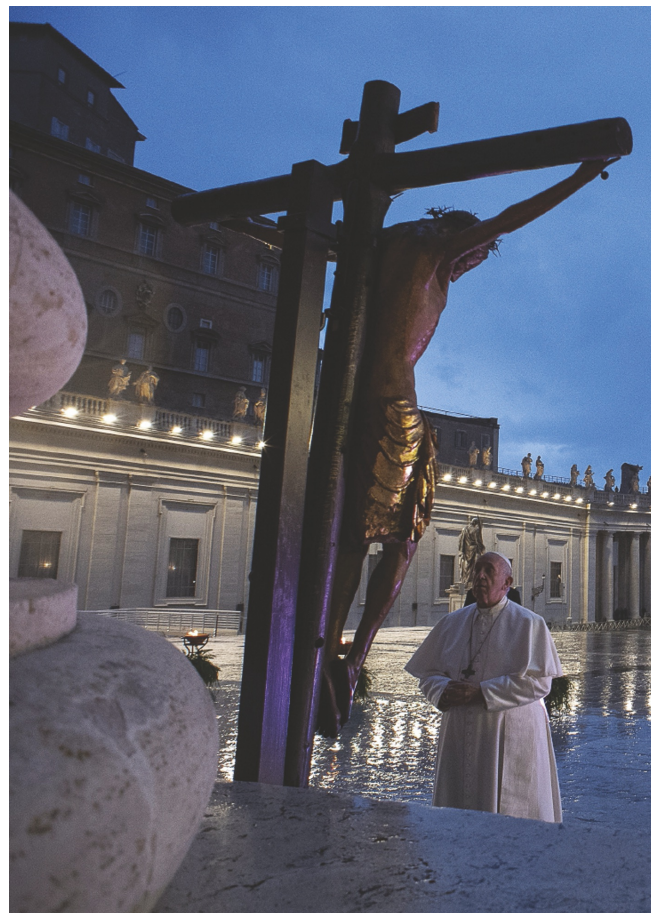
El Papa camina solo, con paso lento y apesadumbrado, por el centro de Roma para dirigirse a la iglesia de San Marcello al Corso donde se conserva un crucifijo de madera del siglo XIV, considerado milagroso por generaciones enteras de romanos. Nadie le espera ni le detiene para saludarlo. Tan solo lo acompañan unos pocos agentes de la Gendarmería. Es una “procesión” solitaria que, precisamente por eso, encierra una extraordinaria fuerza simbólica. Pasan unos días. El Papa al atardecer, bajo un cielo plomizo, reza en una plaza de San Pedro vacía donde su figura blanca se hace pequeña en un espacio que se torna surrealista. Con él, solo ese Crucifijo que había venerado unos días antes y la Salus Populi Romani, un icono mariano que ha acompañado la vida del pueblo de Roma durante siglos. Entre las imágenes que nos regala el dramático período que estamos viviendo debido a la pandemia, estas instantáneas seguramente quedarán grabadas en la memoria de millones de personas.

Cabe señalar que los dos momentos, tan espiritualmente intensos, están ligados a devociones populares hechas suyas por el Papa Francisco, el obispo de Roma que, como primer acto público después de su elección, quiso rendir homenaje a la Madre en la basílica de Santa María la Mayor, para luego volver decenas de veces más con motivo de sus viajes apostólicos. Una devoción que viene de lejos. Jorge Mario Bergoglio, desde sus años de ministerio episcopal en Buenos Aires, siempre ha valorado la devoción de los sencillos. Para el futuro Papa, caminar junto al pueblo de Dios hacia los santuarios, -especialmente el de la Virgen de Luján-, ha sido siempre una forma privilegiada de asumir el olor a oveja que todo buen pastor debe tener. Este caminar con el pueblo en manifestaciones de piedad popular es, en la experiencia de Bergoglio, al mismo tiempo un acto de evangelización y de impulso misionero.

La Conferencia de Aparecida del episcopado latinoamericano de la que nace un documento sobre el discípulo y la misión imprescindible para comprender la acción pastoral de Francisco, tuvo lugar en un santuario mariano. Cuantos tuvimos el privilegio de estar esos días, en mayo de 2007, en Aparecida, - “un momento de gracia” en palabras del Papa-, recordamos que el trabajo de los obispos se desarrolló en un espacio ubicado debajo del santuario brasileño. Los pastores, por tanto, rezaron y debatieron acompañados por los cantos de los fieles. Esa asamblea, vivida en primera persona por el entonces cardenal Bergoglio, resuena en las páginas

de la *Evangelii Gaudium*, dedicada a la piedad popular. Sus diversas expresiones, escribe el Pontífice, “tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, es un lugar teológico al que debemos prestar atención”. La fe necesita símbolos y afectos para entremezclarse con la vida, no puede limitarse a un ejercicio intelectual. La piedad popular, llegó a decir Francisco con una imagen natural, “es el sistema inmunológico de la Iglesia”.

También sobre el tema de la devoción popular, como sobre otras cuestiones fundamentales, *Evangelii Gaudium* recuerda la Exhortación Apostólica de San Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*. Es el propio Papa Montini quien, desde el Concilio Vaticano II, dio un nuevo impulso a la devoción popular y, sobre todo, la “defendió” de la frialdad y, a veces, de la sospecha con las que se la miraba en algunos círculos católicos. En la Exhortación apostólica citada, que sigue al Sínodo de 1974 dedicado



a la evangelización, el Papa Montini dedica un número entero, el 48, a la religiosidad del pueblo señalando que, en ese punto se toca “un aspecto de la evangelización que no puede dejarnos insensibles”. Evangelii Nuntiandi advierte sobre algunas deformaciones que han inclinado la devoción popular hacia la lógica de la superstición, pero observa que las expresiones de la religiosidad deben redescubrirse como vías privilegiadas de la evangelización. La piedad popular, escribe Pablo VI, manifiesta “una sed de Dios que solo los sencillos y los pobres pueden conocer”.

Este redescubrimiento de la piedad popular se desarrolla y se sitúa, también visualmente, en el centro del Pontificado de San Juan Pablo II, el hijo de Polonia que, gracias a la devoción popular y en particular a la Virgen, resistió primero la dictadura nazi y luego la comunista. Karol Wojtyła “trae a Roma” esta dimensión popular del cristianismo que, tanto en sus gestos como en su magisterio, es fundamental. Expresa la catolicidad, la universalidad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la inculturación del Evangelio en una comunidad nacional concreta. La devoción popular se convierte también en el hilo conductor de los más de cien viajes apostólicos que realiza por el mundo, en los que nunca falta un momento de oración en un santuario o un gesto de atención a las raíces espirituales del país visitado. Wojtyła es responsable además de la publicación, en 2002, del Directorio sobre la Piedad popular y la Liturgia de la Congregación para el Culto Divino.



El Papa Francisco y la Virgen de Aparecida durante la visita al santuario dedicado a la patrona brasileña el 24 de julio de 2013

Con el Papa que ha inscrito la encomienda a María en el escudo episcopal, se supera definitivamente el desprecio de las élites que consideran la religiosidad popular como una manifestación superficial e impura de la fe. Para Juan Pablo II, en cambio, es auténticamente popular “una fe profundamente arraigada en una cultura precisa, inmersa tanto en las fibras del corazón como en las ideas, y, sobre todo, ampliamente compartida por todo un pueblo”. Como señaló el cardenal polaco Stanislaw Rylko, arcipreste de la basílica de Santa María la Mayor, el pontificado del Papa Wojtyła “ha ayudado a liberar la religiosidad popular de la etiqueta de “residuo en extinción” rescatándola “como un recurso espiritual extraordinario también para la Iglesia de hoy”.

En la misma sintonía está Benedicto XVI, que ya en los largos años como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe había mirado favorablemente las expresiones de piedad popular. Se puede ver en el Catecismo de la Iglesia Católica, del cual Joseph Ratzinger fue el principal arquitecto a instancias de Juan Pablo II. Seguramente, -como en el caso de su antecesor polaco y su sucesor argentino-, esta actitud favorable estuvo influida por la experiencia de la infancia en Baviera cuando, junto a su familia y en especial a su hermano Georg recientemente fallecido, participó en peregrinaciones y otros eventos de religiosidad popular. Por tanto, no es de extrañar que, una vez convertido en Papa, haya subrayado en varias ocasiones que “la piedad popular es un gran patrimonio de la Iglesia” y lo haya demostrado concretamente haciendo una peregrinación a numerosos santuarios marianos de Italia y de los países visitados en sus 24 viajes internacionales.

Este tema es recurrente en las enseñanzas de Benedicto XVI, especialmente en el tradicional diálogo con los sacerdotes de la diócesis de Roma. El Papa Ratzinger les pidió que no hablaran mal de las prácticas devocionales ni las consideraran perjudiciales, sino que las retomaran y las explicaran adecuadamente al pueblo de Dios. Reunido con la Pontificia Comisión para América Latina en 2011 empleó unas ideas que más tarde serían retomadas por el Papa Francisco. Para ambos, la piedad popular no puede ser considerada un aspecto secundario de la vida cristiana, porque en la oración sencilla del pueblo se crea “un espacio de encuentro con Jesucristo y una forma de expresar la fe de la Iglesia”.



27 de marzo de 2020: Histórico momento de oración presidido por el Papa Francisco en el altar de la basílica San Pedro, con la plaza vacía y sumida en un silencio irreal, seguido por católicos y no católicos de todo el mundo en tiempos de COVID-19. El Pontífice reza frente al crucifijo de San Marcello que los romanos, en el pasado, llevaban en procesión contra la peste



¿Y si la ‘Santuzza’ no se puede tocar?

La pandemia truncó la devoción a santa Rosalía



DE EVELINA SANTANGELO

Santa Rosalía es Palermo y Palermo es Santa Rosalía, dice el alcalde Leoluca Orlando. En estas palabras se resume el lazo que lega, desde hace siglos, a Palermo con su patrona, de forma que el nombre de la santa resuena junto al de la ciudad cuando se exclama, “¡Viva Palermo y viva santa Rosalía!”.

Que la patrona sea una mujer, Rosalía Sinibaldi, damisela de un linaje noble que creció en la corte del rey

Roger II de Sicilia a principios del siglo XII, ya es algo poco común, pero que esta “Santuzza” (pequeña santa), —como la gente de Palermo la llama cariñosamente—, haya salvado una ciudad entera siglos después de su muerte es aún más extraordinario.

Era mayo de 1624 cuando un barco de Túnez trajo la peste a Palermo. La infección fue tan rápida como silenciosa. Solo un mes después se proclamó oficialmente que se trataba de una plaga. A pesar de cerrar las puertas de la ciudad, de las cuarentenas para los barcos en el puerto o de los lazaretos, la peste se extiende sin control. Son varios los santos a los que se confía el pueblo como Santa Ágata, Santa Cristina, Santa Oliva o Santa Ninfa, pero la salvación viene de la Santuzza Rosalía, quien se aparece por primera vez a una mujer infectada, revelándole el lugar donde están sus restos en una cueva de Monte Pellegrino. Al año siguiente se aparece a un pobre jabonero que subió a la montaña para acabar con su vida tras la muerte de su esposa. Fue el mismo cardenal de Palermo quien terminó con cualquier duda sobre la naturaleza de los huesos encontrados al ordenar que se llevaran en procesión por la ciudad. Así, el 9 de junio de 1625, con las reliquias de la santa cruzando las calles, las víctimas de la plaga comienzan a curarse. La santa libera a Palermo de la peste triunfando sobre la muerte y convirtiéndose en su patrona indiscutible.

“El contacto, los huesos... Santa Rosalía no dice “rézame”, dice “lleva mis huesos por la ciudad”, explica la antropóloga Deborah Puccio-Den. El milagro ocurre, no porque se reza a la santa, o solo porque se le pide que interceda, sino porque sus reliquias pasan y tocan la ciudad. Eso es lo que crea ese vínculo tan fuerte entre la santa y la polis, la comunidad”, renovado cada año en la noche del 14 al 15 de julio con la procesión del Festino por las calles de la ciudad vieja.

Que el contacto para los devotos es importante se comprende subiendo al santuario del Monte Pellegrino, el monte sagrado de Palermo. Se experimenta en la noche del 3 al 4 de septiembre cuando los fieles, en pequeños grupos o en familias enteras, caminan 4 kilómetros en cuesta hacia la gruta del santuario para conmemorar la muerte y la subida al cielo de la Santuzza, velarla y al día siguiente celebrarla con una misa presidida por el obispo. En las manos, los peregrinos llevan trozos de papel para dejarlos en el santuario. Son agradecimientos por las gracias recibidas o invocaciones para pedir la gracia que se desea recibir. Están escritas cuidadosamente y, a veces, no tanto por quienes no están tan familiarizados con la palabra.

“Antes todo era tocar: tocar la estatua de madera de Santa Rosalía en la entrada, tocar la roca, despojarse de pulseras, joyas u objetos queridos para meterlos dentro de la caja junto a la figura vestida con manto dorado y corona de rosas. Era también besar, porque reliquias e imágenes en jornadas como esas están investidas de su máximo poder salvador que está ahí, se manifiesta y por eso hay que tocarlo”, me cuenta la antropóloga Puccio-Den. Y en ese “antes”, en ese tiempo del pasado, se anida la realidad de hoy.

Es un domingo de este otoño de 2020 en el que los contagios y las muertes por covid se vuelven a disparar

Imagen de la patrona de Palermo proyectada de noche en la fachada de los edificios. Una iniciativa ideada por ex-Voto, colectivo de artistas y profesionales de la cultura palermitanos, en homenaje a quienes luchan en primera línea contra el virus.

en Italia. Subo al santuario. Hay pocos fieles que hacen la subida. En cada curva de la montaña se pueden ver las señales del incendio de 2016 que desnudó al paisaje de pinos eucaliptos y de cipreses. Es hora de misa y se escuchan las voces de los celebrantes. “Por allí”, -me dice una chica de protección civil. Y por allí lo que hay es una gran tienda blanca, de esas que se montan para los terremotos. “El distanciamiento”, añade, aludiendo al reducido tamaño del santuario. Pero una vez pasado el altar y con las manos desinfectadas, se experimenta una sensación de vacío en un lugar que siempre ha estado lleno de objetos, gestos y muestras de devoción como mensajes, exvotos, rosas y fieles arrodillados o rezando. Incluso las fuentes de agua del monte sagrado están secas.

El camino, señalizado y marcado con cintas de plástico de separación, está cuajado de letreros que indican las muchas prohibiciones repetidas de viva voz por los voluntarios de protección civil: está prohibido arrodillarse, está prohibido depositar mensajes, está prohibido dejar flores en la imagen... «Dádmelas a mí, yo me ocupo», dice una voluntaria a una pareja desorientada. Está prohibido tocar el vidrio de la urna, está prohibido besarlo... Es una devoción negada en sus gestos más cotidianos y espontáneos.

Dentro de la urna no hay ni rastro de los regalos que siempre han acompañado a la figura de la Santuzza. El vicario del santuario a quien pregunto se encoge de hombros. Durante todo el mes de septiembre el santuario estuvo cerrado y todo se guardó, nadie pudo subir y menos la noche entre el 3 y el 4. No hubo ni ofrendas, ni mensajes, ni flores.

En marzo, durante el primer confinamiento, algunos artistas proyectaron en las fachadas de los edificios cercanos a la catedral (donde se guardan las reliquias) la imagen de la Santuzza con una mascarilla quirúrgica en el rostro. Una forma de encomendarse a la patrona que parece más una invitación a protegerse y a protegerla. “Se desea reencontrar a la santa que libera de la peste, pero, al mismo tiempo, no se puede porque la manera en que es tradicional encontrarla y hacerla salvífica, tocarla y besarla, en estas circunstancias es una bomba vírica”, me recuerda la antropóloga. Es, en definitiva, una santa neutralizada, a la que rezar a distancia, si se quiere hasta en streaming, como me dice una devota, la señora Carmela. Ella me explica que durante el encierro del pasado mes de marzo todas las tardes seguía online la misa celebrada por un párroco que acababa con un himno a la Patrona: “O Rosa fulgente ...”.

Entre los fieles que cumplimos con las prohibiciones en el santuario hay una señora de largas trenzas negras, de rostro moreno y con el punto rojo en la frente, propio de las mujeres casadas. Se sienta con su bello atuendo en un asiento de piedra con una vela en sus manos, conteniendo el aliento tras el esfuerzo de la subida. Pero tampoco puede estar ahí, así que se levanta en silencio. Ella es uno de los miles de tamiles, hindúes o católicos, devotos de la santa de una ciudad como Palermo, que tiene la comunidad tamil más numerosa y antigua de Italia. Son alrededor de 8.000 que, desde 1983, comenzaron a llegar como refugiados cuando en Sri Lanka se desató una de las guerras civiles más

sangrientas y olvidadas entre la minoría tamil (hindúes y católicos) y los cingaleses (budistas).

“Venir aquí a Santa Rosalía es como volver a casa con el corazón”, “nosotros también construimos santuarios en la montaña”, “no tenemos templo propio”. Estas son algunas de las razones de los hindúes tamiles para explicar su devoción a la Madre de la Montaña que comenzó con un milagro en la década de 1990. Una niña de 4 años despertó de un coma mientras sus padres y cientos de miembros de la comunidad se movían entre el hospital y el santuario. Así, Santa Rosalía tiene su lugar entre las deidades hindúes. Porque “Dios es uno, pero tiene muchos rostros y uno de ellos es el de Santa Rosalía. Su pertenencia religiosa es un fuerte elemento de identidad, pero no es un hecho excluyente”, explica el profesor Giuseppe Burgio, que conoce el mundo tamil de la ciudad.

Los tamiles católicos, en cambio, tienen un templo, una iglesia en el corazón del centro histórico donde la misa es oficiada por un sacerdote de Sri Lanka. Porque los tamiles, ya sean católicos o hindúes, tienen vida propia dentro de la ciudad, sus propias asociaciones, sus canales por satélite y sus películas producidas por la industria cinematográfica india. Compran comida y ropa en las tiendas de sus compatriotas. En su mayor parte, trabajan discretamente en domicilios particulares como personal de servicio. Y juegan al cricket, deporte nacional de Sri Lanka. En definitiva, tienen muy poco contacto con los palermitanos, pero todos los domingos al amanecer caminan 2 horas desde las casas en el corazón de la ciudad vieja (Ballarò, el Capo) hasta el santuario.

Para pedir una gracia hay que poner en juego el cuerpo, sufrir. Esta es la razón de una devoción que también se manifiesta en las formas típicas de los cultos hindúes, como la práctica de clavarse ganchos en el cuerpo como voto a la divinidad.

La periodista Marta Bellingeri me recuerda cómo, hasta hace poco, en la noche del 3 al 4 de septiembre algunos hombres también subían al santuario con el cuerpo lleno de ganchos. Todo esto sucedía antes del covid.

Sin embargo, no parece que la pandemia esté en el centro de las oraciones. Se lo pregunto al vicario. Él mira el paisaje de árboles desnudos y suspira. “Palermo tiene tantas plagas”, se lamenta.



La autora

Evelina Santangelo. Escritora y editora. Con Einaudi ha publicado los cuentos *L'occhio cieco del mondo* (premio Berto, premio Mondello) y varias novelas entre las que se encuentran: *Senzaterra e Da un altro mondo* (libro del año 2018 Fahrenheit Rai-radio 3; Superpremio Sciascia). Con Einaudi también ha editado Terra matta de Vincenzo Rabito; y ha traducido Firmino de Sam Savage y Rock 'n' Roll, de Tom Stoppard. Publica en periódicos, blogs y semanarios nacionales.



Mujeres tamil en el santuario de Monte Pellegrino en Palermo

*La caridad
está unida a
las santas de
la ciudad
italiana*

Las mujeres de Nápoles y el culto a los vivos

DE ANTONELLA CILENTO

Si hay un camino para la salvación de Nápoles es un camino hecho por mujeres, aquellas que, tradicionalmente, han sido anuladas, olvidadas y hasta calumniadas por la misma ciudad.

Por devoción, María Longo (después beatificada), fundó el Hospital de los Incurables en la Nápoles española del siglo XVI, un centro destinado a ser un faro en la investigación científica europea pero que, en primer lugar, fue pensado como un hospital para todos, incluidos los pobres, un hospital para partos y un hospital de mujeres para mujeres, ya que los médicos y los cirujanos atendían allí a las prostitutas rescatadas de la calle.

Por devoción, a principios del siglo XVII, Úrsula Benincasa formó un grupo de mujeres al servicio de todos, a pesar de que la ciudad fue tan hostil con las mujeres hasta el punto de llevar a la tortura a la analfabeta Úrsula. Fue interrogada y atormentada y se dudó de la santidad de una mujer que, como Santa María Francisca de las Cinco Llagas, creció entre soldados españoles, un ambiente de violencia, carestía, epidemias y violaciones. Al final, el virrey hizo lo que ella pidió y, después de su muerte, durante la peste de 1656 construyó el convento que hoy es una de las universidades italianas más antiguas.

Y si miramos a mediados del siglo XIX, encontramos a una mujer, Teresa Falangeri, –filántropa y escritora–, a quien Nápoles debe la distribución de alimentos durante cólera y el primer hospital pediátrico de Europa, el futuro Santobono.

Las mujeres siempre están en primera línea de batalla, adelantadas a su tiempo, porque sienten que hay que ocuparse de todos, de los pobres, de los niños y de cada persona que tenga un problema y necesite una solución.

El siglo XX en Nápoles alumbró una serie de escritoras y mujeres comprometidas contra el hambre y la ignorancia, desde Matilde Serao, –periodista y editora, que clama por la rehabilitación de la ciudad–, hasta Anna Maria Ortese, voz de la literatura y la ética, que consiguió el cierre del barrio de Granili, un ejemplo de pobreza y suciedad, que describe en el capítulo de *Il mare non bagna Napoli*, en el que muestra una Italia todavía frágil y miope por el fin de la guerra y las lamentables condiciones de vida. En esta lista también encontramos a Fabrizia Ramondino, que antes de ser escritora participó en la fundación de Mensa Bambini Proletari; o la profesora y militante Vera Lombardi, porque, recordemos, es en la escuela donde se forman las conciencias.

En definitiva, las mujeres en Nápoles, –donde ya sea por el cólera, por la peste, por la Camorra o por el covid, los problemas nunca faltan–, son un continuo y una certeza que demuestran una creatividad literaria, filosófica y artística de los más elevados en el mundo. Y en los días del covid no ha sido diferente.

Anna Fusco, artista y comerciante, ha heredado la licencia de estanco más antigua de Nápoles, en el corazón del centro histórico. Durante los meses de confinamiento, Anna, que sufre de asma y problemas pulmonares, recogió el legado de Teresa Filangeri, que en pleno cólera había hecho que todas las mujeres nobles de Nápoles se arremangaran para cocinar en la calle, porque las epidemias también vienen del hambre.

Anna preparó, junto a toda su familia, platos de comida caliente ante el cierre de los comedores sociales. Los sin techo y muchas personas que no contaban con apoyo familiar, se alimentaron gracias a lo que ella cocinaba. La original y generosa iniciativa de Anna terminó en el *New York Times*.

La historia fue contada primero por otra mujer, Laura Guerra, siempre pendiente de los temas sociales y periodista en la redacción napolitana de *Scarp de Tennis*, un periódico callejero en parte escrito y distribuido en numerosas ciudades italianas por personas sin hogar. Laura enseña escritura en la sede de su cooperativa y durante el confinamiento no paró de trabajar, ya que la emergencia fue si cabe más intensa en una ciudad que siempre vive en ese estado.

Laura destaca el trabajo de Pina Tommasielli, –médico de familia que ofrece pruebas serológicas gratuitas a los docentes y que se ocupa de la prevención en barrios periféricos y difíciles de la ciudad–. Recuerda que las mujeres se encargan de todo en la familia, de las enfermedades de todos, del trabajo y de alimentar a toda la prole incluso a costa de su propia salud. Por eso, cuando se enferman, es demasiado tarde y es cuando falla el motor de la casa. Un motor que se ha olvidado de su bienestar por pensar siempre primero en los demás.

Laura escribe en su periódico sobre la profesora Angela Parlato, –docente durante cuarenta años y voluntaria en centros sociales– que en Montesanto y en el Barrio Español (los de Santa Úrsula Benincasa, los mismos de Santa



Durante el confinamiento, Anna Fusco, artista y comerciante de Nápoles, ha cocinado comida caliente para las personas sin hogar y para quienes no tienen una red de apoyo familiar

La autora

Nacida en Nápoles en 1970. Finalista del Premio Strega en 2014 con *Lisario o il piacere infinito delle donne* (Mondadori), ha publicado numerosas novelas, colecciones de cuentos y reportajes históricos. Desde 1993 dirige una de las escuelas de escritura italiana más antiguas, Lalineascritta Laboratori di Scettura (www.lalineascritta.it) y coordina el primer máster de escritura y edición del sur de Italia, Sema, con la Universidad Sor Úrsula Benincasa. Desde hace doce años dirige la revista internacional de literatura *Strane coppie*. Escribe teatro y para *La Repubblica* – Nápoles

María Francisca de las Cinco Llagas, donde persisten los problemas, aunque hayan pasado los siglos) se encarga de llevar la compra a quienes no pueden hacerla y de entregarla a quienes no pueden salir de casa.

Y así se da cuenta de que la enseñanza a distancia en las casas bajas, —con pocas ventanas, con poca luz, a ras de suelo y sin computadora o sin conexión, en familias donde un teléfono móvil es para cuatro—, funciona peor de lo mal que por sí ya funciona para todos. Por este motivo, la profesora Ángela decide actuar como puente entre la educación a distancia y los niños de las casas donde va a llevar la compra. Pasta, tomates pelados, gigas de recarga y fotocopias: la cesta de la compra de Ángela Parlato porta bienes de distinto consumo y necesidades.

Y es que es fácil no tener conexión en los callejones de Nápoles, entre las murallas del siglo XVI. Mientras tanto, las escuelas en el caluroso otoño del sur han reabierto en medio de la desesperación de las madres, el pánico de los maestros y el altísimo coste económico y cultural que la pandemia y sus consecuencias ya han generado, un precio que en Nápoles y en el Sur es más alto que en otros lugares y que ha afectado a negocios, a comerciantes, a hoteles, a teatros, a cines, a escuelas y a universidades. Se trata de una emergencia gigantesca y que se reproduce en la ciudad donde la educación de los hijos ha sido un asunto de mujeres, y que hoy repetimos y denunciemos quienes trabajamos en el ámbito educativo junto a profesores y alumnos de todas las edades.

En el barrio de Sanità, resiste Pina Conte, maestra y empresaria, quien ha utilizado todo el patrimonio de su familia para rehabilitar un edificio antiguo donde se da clase a quienes no han ido a la escuela. También se estudia música y mandolina, corte y confección y escenografía teatral.

De las aulas de Pina Conte han salido profesionales y artistas que quizá de otro modo hubieran acabado perdidos empuñando las armas. Sanità es un barrio tristemente célebre por las disputas de la Camorra y por los tiroteos que en los que, no en pocas ocasiones, se han visto implicados ciudadanos de a pie.

En definitiva, hay quien no se cansa nunca como Giuseppina Esposito, desde hace años comprometida con el Andén de la Solidaridad en Gianturco. Es un lugar donde el estado de emergencia es permanente.

Hay un mundo de mujeres dedicadas a Nápoles: dedicadas a la cultura, a la sabiduría, a las buenas prácticas sociales y a la solidaridad, sin charlatanería ni etiquetas. Y sin excluir a los hombres: pienso en Peppino Sansone, un quiosquero y librero del barrio de Chiaia que llevaba medicinas y periódicos a todos los clientes y el Domingo de Ramos acercó la rama de olivo bendecido a quienes ni siquiera lo esperaban.

Quienes llegan a la ciudad por primera vez descubren una antigua tradición que se remonta a la terrible plaga de 1656, cuando la población se redujo en dos tercios en seis meses y la gente moría en la calle, hasta veinte mil personas al día. Quien visita Nápoles descubre que los napolitanos veneran calaveras anónimas en el cementerio de Fontanelle, un osario gigantesco excavado en una de las canteras de toba altas como catedrales que hacen de Nápoles, desde la época de los griegos, una



ciudad de mar y luz por sus cavernas, piscinas naturales y canalizaciones de agua.

Los napolitanos llevan siglos siendo devotos de las calaveras rebautizadas con un nombre, para las que se inventan historias y a las que se atribuyen poderes (calaveras que sudan, calaveras que pertenecen a capitanes de barcos, calaveras de muertos que si se ofenden vuelven para vengarse, calaveras de novias jóvenes para pedir la gracia del embarazo o un matrimonio feliz...). Durante la peste del siglo XVII, miles escondieron los cuerpos de los muertos bajo las calles, las fosas comunes fueron calcificadas con las palabras *“tempore pestis: non aperiatur”*, y las familias entregaban a sus seres queridos en agonía a los sepultureros reclutados entre los presos que se llevaban a los cadáveres, pero también a los vivos.

Un día de agosto, después de un gran aguacero, los muertos salieron de Chiavicone, la gran cloaca que fluye debajo de la ciudad y cayeron desde los palacios. La devoción por los muertos comenzó ese año, o, mejor dicho, adoptó una forma especial, fruto de un dolor enorme y de un sentimiento de culpa, la culpa de haber permanecido con vida.

Nunca antes como hoy se había necesitado la devoción a los vivos. Una devoción a la vida, hecha de alimentos, de cuidados y, sobre todo, de cultura.

Casa Santuario de Santa Francisca de las Cinco Llagas

La Madre de China

Los peregrinos regresan a la icónica colina de Sheshan

DE GIANNI VALENTE

Vista desde lejos, parece una cruz. Cuando te acercas, te das cuenta de que la figura que se levanta en la torre del campanario es la de la Virgen María. Está representada con una pose singular, levantando al Niño Jesús por encima de su cabeza, como se muestran los trofeos, como un signo de victoria. Desde la torre del santuario en la colina Sheshan, a 35 kilómetros de Shanghái, la escultura de bronce de la Virgen con su Hijo domina los bosques de bambú que se extienden por la llanura. La actual basílica, la única en toda China, fue construida en lo alto de la colina entre 1924 y 1935, bajo la dirección del arquitecto jesuita portugués François-Xavier Diniz, y mezcla rasgos y formas neorrománicas y neogóticas. Desde hace tiempo, la colina de Sheshan está sembrada del ánimo, las lágrimas y la felicidad de los católicos chinos.

“Cuando te acercas a Sheshan, te sientes como en casa”, cuenta el anciano Pietro Liu Fu. Recuerda el entusiasmo juvenil con el que se participaba en las peregrinaciones desde Shanghái en mayo. Los peregrinos llegaban al pie del cerro sagrado en barca por los canales que bañan la llanura y subían la ladera del cerro en busca de consuelo. Por el camino se puede encontrar la estatua de Cristo sufriendo en Getsemaní, las 14 estaciones del Vía Crucis y otras pequeñas capillas. También hoy, Nuestra Señora de Sheshan recoge la oración de cada madre que llega hasta el santuario para confiar a la Virgen a sus hijos y sus dolores, así como las súplicas de cada hijo que acude a pedir consuelo para los padres enfermos. Pero Sheshan es también el lugar donde se entrelazan el pasado, el presente y el futuro de la Iglesia católica en China. Desde allí también María ha consolado y sigue velando en las vicisitudes de los católicos chinos.

Antes de 1870, en la colina solo había una casa de retiro y una pequeña capilla para los jesuitas de Shanghái, construida sobre las ruinas de un templo budista. En ese momento, Shanghái fue invadida por el ejército rebelde de los Taiping, los “adoradores de Dios”, seguidores de Hong Xiuquan, el visionario que se pre-



El santuario de Sheshan en Shanghái: en el campanario, la Virgen que levanta al Niño. Abajo, Nuestra Señora de Sheshan dentro de la Iglesia

sentó como el hermano menor de Jesús. Los jesuitas invocaron la protección de la Virgen pidiéndole que Shanghái se salvara de la destrucción de estas huestes. Pasado el peligro, en 1871 comenzaron a construir el primer santuario mariano. En junio de 1924, mientras comenzaban las obras para la nueva iglesia, peregrinaron a Sheshan los 25 obispos que participaron en el llamado “Concilio de Shanghái”, convocado por el delegado apostólico Celso Costantini, para señalar el nacimiento de una Iglesia china local, ya no dependiente de la tutela de los misioneros extranjeros.

En 1946, la estatua de bronce de María levantando al niño Jesús, conocida como Nuestra Señora de Zo-se, se colocó en el campanario. Los tiempos eran turbulentos. Tras la ocupación japonesa, se reanudó la guerra civil entre comunistas y nacionalistas. Y llegaron nuevas tribulaciones a la “Nueva China” de Mao Zedong. Ignazio Gong Pingmei, el obispo de Shanghái y ya en el punto de mira en 1954, al oír que se avecinaba tormenta, subió al santuario de Sheshan con todos los sacerdotes de su diócesis y allí, con la ayuda de la Virgen, juraron no traicionar nunca su fe y ni a

la Iglesia. Poco tiempo después, casi todos fueron arrestados. En los convulsos años de la Revolución Cultural, Sheshan se torna en un lugar desolado de ventanas rotas, con el vía crucis destrozado y la estatua de María y de su Hijo derribada del campanario. La fe se conservaba en los corazones a la espera de tiempos mejores.

Con Deng Xiaoping, las iglesias se reabrieron. El jesuita Aloysius Jin Luxian, liberado de prisión y ordenado obispo sin el consentimiento de la Santa Sede, creó el seminario regional justo en la colina de Sheshan, pagado con dinero del gobierno. Abrió sus puertas en septiembre de 1986 a 115 seminaristas. Una señal de que, pese a que la persecución ha herido los corazones, sembrado discordia entre los hermanos y dejado una herencia de dolor y desencuentros, no ha logrado extinguir la fe.

Sheshan vuelve a la vida con oraciones y peregrinos. Y el 1 de mayo de 2000, Jin Luxian presidió la ceremonia con la que la estatua de bronce de Nuestra Señora de Zo-se, de casi cuatro metros de altura, se volvió a levantar sobre el campanario para mirar al horizonte desde la colina.

Incluso en años más recientes, Nuestra Señora de Sheshan ha consolado al pueblo de Dios frente a las nuevas pruebas. Thaddeus Ma Daqin, el joven obispo de Shanghái, que fue ordenado en 2012 e inmediatamente perdió el favor del gobierno, aún vive en el Seminario de Sheshan. El día de su ordenación episcopal, manifestó su voluntad de abandonar los cargos que ocupaba en los organismos oficiales de la política religiosa china, para dedicarse a la pastoral.

El aparato receló e inmediatamente impidió que Ma Daqin ejerciera su ministerio episcopal. Durante mucho tiempo continuó escribiendo y difundiendo sus reflexiones espirituales desde el seminario.

En este 2020, las peregrinaciones de mayo no pudieron llegar hasta Sheshan debido a la pandemia. Pero ahora los peregrinos empiezan a volver discretamente y sin temor. Desde Sheshan han capeado otros temporales porque durante siglos han sabido cultivar la paciencia y el arte de la espera.





Los templos del monte del Tepeyac, Ciudad de México

La Morenita no se quedó sola

DE LUCIA CAPUZZI

No hay un color dominante, sino toda una variadísima gama cromática. Uno tras otro, millones de pétalos han reposado a los pies de la Morenita. Durante todo el mes de noviembre, los fieles han peregrinado hasta el cerro del Tepeyac con ofrendas florales y velas, muchas veces en nombre de familiares lejanos y de amigos, como explica en un videomensaje el rector de la basílica, Salvador Martínez Ávila. El personal de la basílica trató las flores para mantenerlas frescas para el evento, es decir, la Noche guadalupana cuando alfombran todo el suelo del templo. Pero ha permanecido vacío y no ha habido ninguna liturgia, como decidió la Conferencia Episcopal Mexicana para frenar el riesgo de contagio. Para iluminar la oscuridad de estos días, sí se han dejado las velas llevadas por los devotos. Aunque fuera ha reinado el silencio. Las tradicionales “mañanitas”, las canciones de cumpleaños, no pudieron sonar hasta el amanecer del día siguiente por la explanada. Sin embargo, su melodía se difundió de casa en casa, desde los ordenadores y, sobre todo, desde los teléfonos móviles. Mientras que las manifestaciones artísticas se trasladaron al mundo virtual, para apagar la sed de realidad, desde hace semanas y por todas partes, se levantaron altares con “la Virgen Morenita” en los lugares más variopintos, desde las estanterías de la cocina o el salón de las casas, hasta la esquina de la calle o la entrada de las tiendas. El covid no ha podido cancelar la gran celebración de Nuestra Señora de Guadalupe que, cada año, entre el 11 y el 12 de diciembre, congrega en la basílica de Guadalupe a unos diez millones de católicos. Más bien ha extendido la fiesta en todo el país y en todo el continente, muy tocado por la pandemia y todavía más necesitado del consuelo de la Ma-

La basílica mexicana permaneció vacía el 12 de diciembre



Lienzo original de la Virgen de Guadalupe.

dre, la misma Madre que secó las lágrimas del indio Juan Diego. “¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?”, dijo con ternura la Señora de piel morena, rasgos indígenas y embarazada cuando se descubrió ante Juan Diego una mañana de hace 489 años. Ese gesto de amor encarnado se graba a fuego en la piel de todo un continente. Como el rostro y el cuerpo de la Virgen en la tilma de Juan Diego. Cada año, unos cuarenta millones de personas veneran este manto en la basílica donde se conserva. Con su aparición, delicada y cálida, acaecida en el momento más dramático del descubrimiento, -en 1531 poco después de las empresas de Hernán Cortés-, María ofreció la posibilidad de un encuentro “evangélico” con el otro.

Un “otro” considerado como un extraño y un no hermano, con el que la civilización

europaea, de forma dramática y al mismo tiempo apasionante, estaba irremediablemente llamada a tratar. Si, como afirma la filósofa Amelia Podetti, la irrupción de América representa el “nacimiento del mundo en su totalidad”, es la Virgen de Guadalupe quien acompaña el embarazo de esta tierra y, en consecuencia, del resto del globo. Mientras las espadas y las enfermedades traídas por los “invasores” diezmaban a los pueblos indígenas y su cultura, la Morenita se encarnaba, abrazando el Nuevo Mundo en toda su complejidad para llevarlo a la plenitud a través del encuentro con el Hijo que llevaba en sus entrañas. La devoción guadalupana es mucho más que una expresión, quizás la más emblemática, del misticismo popular latinoamericano: su misterio se hunde en las entrañas mismas de la inmensa región entre el Río Bravo y Tierra del Fuego. El rostro moreno de la Virgen es el mapa espiritual de su pueblo. No es de extrañar, por tanto, que América Latina, -el epicentro de la pandemia que allí está provocando el mayor número de víctimas-, cinco siglos después, busque esa misma ancla misericordiosa para seguir adelante.

Lo hizo en Semana Santa cuando, a las 12 del mediodía en México, el corazón del Continente latía al unísono mientras los obispos de distintas naciones, a través de Internet, consagraban el Continente a la Morenita en medio de la emergencia por el covid. Las mujeres y hombres de América están usando toda su creatividad para volver a Ella en este diciembre anómalo, sin peregrinaciones ni aglomeraciones. Y, entre tecnología y tradiciones readaptadas, María parece venir a su encuentro, repitiendo las palabras que dijo a Juan Diego: “¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?”

*Las monjas
han sido
casa de
acogida
para los
extranjeros en
América*

Con los migrantes más allá

DE FRANCESCO GRIGNETTI. Periodista de La Stampa

A finales del siglo XIX, un río de humanidad sufriente cruzó los océanos. Millones de personas dejaron el Viejo Continente rumbo a las Américas en busca de fortuna. Se estima que entre 1836 y 1914, treinta millones de europeos emigraron a América del Norte. De estos, al menos cuatro millones eran italianos. Otros tantos desembarcaron en Argentina y Brasil.

No fueron los Estados de origen, sino los religiosos y, sobre todo, las religiosas quienes hicieron todo lo posible para ayudarles en su viaje. El primero en poner el grito en el cielo por este éxodo fue el obispo de Piacenza, Giovanni Battista Scalabrini (1839-1905): "En Milán fui testigo de una escena que dejó una huella de profunda tristeza en mi alma. Vi una gran sala, los pórticos laterales y la plaza adyacente, abarrotados por trescientos o cuatrocientos individuos harapientos, divididos en diferentes grupos. En sus rostros morenos, surcados por las arrugas precoces que imprime la privación, se trasparentaba la marea de emociones que en ese momento encogían sus corazones".

Es posible imaginar el impacto de la separación entre los que se marchaban y los que se quedaban. Muchas veces, en el muelle de Nápoles, solo quedaban las mujeres pobres, sin ni siquiera una moneda en el bolsillo porque habían empeñado todas sus pertenencias para comprar el billete de barco. Mujeres desesperadas, a merced de cualquiera.

Para las "descartadas" de Nápoles, cuatro salesianas, Hijas de María Auxiliadora, abrieron una casa que se reveló fundamental para la acogida de las emigrantes que se quedaron en tierra. Se ocupaban de cuidarlas y acompañarlas al médico y, si todo estaba bien, ayudarlas para volver a intentarlo. En 1911, sor Clotilde Lalatta confesaba a su superiora: "Tenemos pocos momentos de vida comunitaria y, siendo insuficiente nuestro trabajo, no tenemos bastantes horas en el día. Los días de salida de los barcos hay que ir al puerto una o dos veces al día. En casa, nuestra jornada transcurre cosiendo, planchando, limpiando, atendiendo la puerta, asistiendo y sirviendo a las mujeres alojadas. Después, hacemos los recados y la compra, acompañamos a las mujeres al médico y seguimos acogiendo a más en casa".

Es solo un pequeño ejemplo del esfuerzo excepcional que hicieron las religiosas para ayudar durante este continuo flujo migratorio. Para muchos, pronto llegó el desafío de la obra misionera. "Como

otros fundadores, -recuerda sor Grazia Loparco, historiadora, profesora de la Pontificia Facultad de Ciencias de la Educación Auxilium-, don Bosco se sintió interpelado por la precariedad en la que se encontraban los migrantes. De hecho, antes de llegar a la Patagonia soñada, las misiones salesianas en Argentina y Uruguay se volcaron en las familias italianas que perdían la fe en el océano. A nivel operativo, muchos institutos religiosos, además de ofrecer asistencia espiritual, apoyo social y legal, ofrecían formación a estas personas. En 1877, seis jóvenes Hijas de María Auxiliadora inauguraron misiones en América del Sur, comenzando a trabajar entre las familias de los migrantes. Posteriormente, bajo la guía del sucesor de don Bosco, el padre Michele Rua, religiosas como las salesianas, ampliaron el campo de acción primero en América del Sur y después en Oriente Medio, Suiza, Bélgica, Inglaterra y unos años más tarde en Estados Unidos".

Ayudar a los emigrantes era un deber moral. Además, el Vaticano estaba preocupado porque muchos perdían la fe durante la travesía o porque no podían encontrar una parroquia donde se hablara su propio idioma. Conocido es el compromiso de la hermana Francisca Javier Cabrini, la primera ciudadana estadounidense en ser declarada santa. Nacida en 1850 en una familia rica del norte de Italia, a los treinta años fundó la Congregación de las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús. El Papa León XIII la envió expresamente a evangelizar las Américas y en 1889 la hermana Cabrini llegó a Nueva York. Fue un viaje duro, como emigrante entre emigrantes. Pero le aguardaba una realidad aún más dura. El arzobispo de Nueva York, Michael Augustine Corrigan, se mostró hostil con ella, le dijo con brusquedad que no tenía

nada que hacer en Nueva York y la invitó a regresar a Italia. Así eran las cosas entonces. La desconfianza mutua y los enfrentamientos entre grupos de diversas nacionalidades eran constantes. Incluso entre los católicos. "Los italianos apestan y si tuvieran que ir a la iglesia principal, los demás ya no vendrían", llegó a escribir monseñor Corrigan en una carta para el Papa.

En 1887, Propaganda Fide autorizó en Estados Unidos las parroquias nacionales, también llamadas personales o lingüísticas. "Pero las divisiones nacionales también dividieron a las órdenes religiosas encargadas de proteger a sus migrantes. En ocasiones, las divisiones eran muy complejas en los estados recién formados:



del Océano

se sabe que los misioneros del norte de Italia despreciaban a los inmigrantes y sacerdotes del sur de Italia, pero lo mismo sucedió también en Alemania, donde el norte siempre ha despreciado a Baviera. Ante esta absoluta confusión, Scalabrini propuso, antes de morir, la formación de una secretaría vaticana que se ocupara de todos los emigrantes, dejando a un lado la cuestión de la nacionalidad. Había que seguir a los católicos según las guías universales y no sobre la base de los orígenes nacionales”, explica Matteo Sanfilippo, profesor de la Universidad de Tuscia. La hermana Cabrini se las ingenió por su cuenta para encontrar los primeros fondos. Siguió años tan terribles como intensos. Ella y sus hermanas empezaron por los nada recomendables callejones de Little Italy. La madre fue una viajera incansable, con veintiocho travesías Atlánticas y hasta cruzó los Andes para llegar a Buenos Aires desde Panamá. No es de extrañar. Sor Cabrini fue intérprete del nuevo espíritu de los tiempos, cuando las religiosas estaban a la vanguardia y fuera de los conventos, en el mundo, para ayudar a los más pequeños, para dar testimonio del Evangelio. Tampoco se olvidó del valor patriótico de su compromiso. Poco después de 1890, en Nueva Orleans, el jefe de la policía local fue asesinado por criminales no identificados y la culpa recayó sin pruebas sobre los “Dagos”, es decir, los italianos que llenaban la ciudad, andrajosos, desnutridos y sin hogar. Hubo horribles linchamientos en las calles. Cabrini se presentó en la ciudad para defenderlos: “Los italianos han sido vilipendiados, hasta el punto de que la multitud, incitada por quienes querían su expulsión, lincharon a decenas de ellos”.

Estados Unidos fue un gran desafío. Las monjas italianas abrieron escuelas, jardines de infancia, hospitales y orfanatos para “sus” emigrantes. Casi nunca tenían títulos y, por lo tanto, solo podían ocuparse de la escuela primaria, no de la secundaria. “A principios del siglo XX, las religiosas italianas procedían de congregaciones muy pequeñas y de una nación preindustrial. Cuando aterrizaron en Estados Unidos, estaban desorientadas por la modernidad de la metrópoli y por el enfrentamiento con una sociedad industrial en crecimiento”, apunta la historiadora Maria Susanna Garroni, profesora universitaria y encargada de un volumen sobre la vida de las religiosas ultramar. Vieron los “animal spirits” del capitalismo en acción. “Hablaban de la nostalgia por Italia, así como del sentimiento de pérdida que les suscitaban los rascacielos, las calles anchas y las multitudes que las abarrotaban. Además, tuvieron que lidiar con el clero protestante. Descubrieron que, aparte de

unos pocos obispos que les allanaron el camino, nadie las ayudaría. Sí, tal vez encontraron algunos apoyos iniciales, pero luego tuvieron que apañarse solas porque las organizaciones benéficas también tenían que mantenerse económicamente. La sociedad estadounidense las obligó a ser trabajadoras y a buscarse la vida por sí mismas. Cuando llegó la Gran Depresión, las religiosas ancianas incluso tuvieron que recorrer las calles recogiendo hierbas silvestres para alimentarse. Muchas se vieron obligadas a mendigar. Además, los obispos se mostraron reacios a autorizarlas porque temían poner a los católicos italianos en una situación aún peor. Al final, todo esto las obligó a evolucionar rápidamente. Desde este punto de vista, sor Cabrini, procedente de una familia de la rica burguesía, demostró una especial capacidad de gestión, pero todas se reinventaron, evolucionaron, con un espíritu más emprendedor y más seguras de sí mismas”.

Las congregaciones femeninas se fortalecieron y muchas se lanzaron a la empresa. En Estados Unidos las Cabrinianas, las Apóstoles del Sagrado Corazón, las Hijas de María Auxiliadora, las Pías Maestras Filipinas, las Bautistas del canónico Alfonso Fusco, las Palotinas, las Hermanas de Santa Dorotea (de Frassinetti), las Franciscanas de Gemonia y las Hermanas Venerini. Y así la Iglesia participó en el nacimiento del nuevo mundo.



Arriba, Raffaello Gambogi “Los emigrantes”, 1894 (Wikipedia)

Abajo a la izquierda, una representación del linchamiento de los italianos, New Orleans, 1981 (Wikimedia Commons)

Abajo a la derecha, inmigrantes italianos llegando a Ellis Island, New York, 1905. La foto es del sociólogo y fotógrafo estadounidense Lewis Hine (Wikimedia Commons)

En la página anterior, Francisca Javier Cabrini y su obra de asistencia a los migrantes



UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Campus en Salamanca y Madrid



Formación
de excelencia
a tu medida

DOBLES GRADOS

- ▶ Ingeniería Informática + ADE Tecnológico
- ▶ Marketing y Comunicación + Publicidad y RR.PP.
- ▶ Periodismo + Comunicación Audiovisual

GRADOS

- ▶ Ingeniería Informática
- ▶ ADE Tecnológico
- ▶ Marketing y Comunicación
- ▶ Comunicación Audiovisual
- ▶ Periodismo
- ▶ Publicidad y RR.PP.
- ▶ CC. de la Actividad Física y del Deporte
- ▶ Maestro en Educación Infantil
- ▶ Maestro en Educación Primaria
- ▶ Enfermería
- ▶ Logopedia
- ▶ Fisioterapia
- ▶ Psicología
- ▶ Seguros y Finanzas
- ▶ Filosofía
- ▶ Derecho Canónico
- ▶ Teología

POSGRADOS

Áreas temáticas:

Informática • Comunicación • Educación •
Salud • Psicología • CC. del Seguro, Jurídicas
y de la Empresa • CC. de la Familia • Teología

Abierta **SOLICITUD DE PLAZA:**

www.upsa.es • sie@upsa.es

*Consulta disponibilidad formación *online*

Síguenos en:

